



San Pedro Nolasco (I)

Pedro Nolasco es el creyente que encontró a Cristo en el pobre.

Otros santos lo honraron desde la pobreza, en la sublimidad de la contemplación, con la austeridad penitente.

Pedro Nolasco cuando se topó con los desgraciados cautivos, creyó realmente que eran ellos el Cristo que amaba, percibió en ellos la angustia del Cristo doliente, pobre, pisoteado.

Se sintió feliz por el modo concreto y práctico de poder amarlo, agasajarlo, liberarlo.

A los cristianos de a pié, mediocres, esa seguridad nos desconcierta.

¿Cómo es posible, que lo perciban tan evidente, que se decidan con tal facilidad?. Es la correspondencia a la gracia, que los fue haciendo crecer, porque nunca se resistieron, cada vez más enriquecedora.

Sabemos que fue caritativo desde niño, por la formación recibida. Que hacía el bien a cuantos le necesitaban. Pero la llamada le vino al conocer, en uno de sus viajes de mercader, el percibió el problema, grave, angustiante de los cautivos. Vio cómo miles de cautivos cristianos se pudrían humanamente, degeneraban moralmente, apostataban de sus creencias en tierra de moros

Aquello era lo suyo. Comprobó que en aquellos, los cautivos, se daban todas las miserias y que, amándolos, podía hacer la caridad total. Alimentarlos, vestirlos, calzarlos, curarlos, visitarlos...

Y pues lo sentía así, su felicidad consistió en darles todo, dárseles sin reserva.

Eso tiene un fecha y una precisión histórica. El año 1203. Yendo de negocios a Valencia, vio aquella gran miseria y, en vez de mercadería, adquirió a más de trescientos cautivos.

Lo curioso es que normalmente en la vida de los santos, la conversión, ese viraje, suele representar un cambio. En Pedro Nolasco no. Era mercader, y mercader siguió. Lo chocante es que, de no ser mercader, no hubiera podido hacer transacciones, ni embarcarse, ni comerciar. Eso es lo que se llama santificarse en propio estado de vida, en la profesión.

La compra aquella le dejó totalmente arruinado, pues no sólo el dinero, también el patrimonio y hasta la casa familiar invirtió pródigamente.

Pero le quedaban sus manos, el corazón y la maestría del mercader.

Y lo puso todo a trabajar. Por lo pronto, porque no tenía ni cobijo pidió a la asistencia social de entonces, la Iglesia, que le permitiese trabajar para ganarse la comida. Entró en la casa de acogida u hospital de Santa Eulalia, asistía a los enfermos y tenía alojamiento.

Además se puso a decirles a la gente que lo de la cautividad era un mal enorme, y que algo se podía hacer por los cautivos. La gente se fió de él, porque su ejemplo era bien notorio y convincente.



Y, al igual que cada año venía haciendo un viaje de mercadería, siguió luego. Sólo que ya no llevaba pieles de oveja, artículos de cuero, sebo, alquitrán, madera, vidrio, jarcias, aceite de oliva,... y se traía especias, telas finas, perfumes... Ahora cargaba alimentos, ropa,.. y se iba a tierra de moros, Valencia, Mallorca, Murcia... Y como mercader, con su patente de tal, se iba con lo que podía allegar, y remediaba a los cautivos. Además llevaba y traía noticias, se estaba con ellos un tiempo, y además compraba algunos. Si había sido buen año, de buenas cosechas, la gente le hacía buenas limosnas y, ya en tierra de moros, como avezado mercader, regateaba, discutía y compraba unos cuantos, una veintena, cincuenta... Y regresaba, feliz por lo logrado, triste por los amigos que allí dejaba en malas, pésimas manos. Otra vez al hospital, a hacer visitar, a buscar colaboradores... a hacer por los pobres de santa Eulalia, en el día a día, y a procurar medios para los cautivos a fin de no fallarles en el cita anual.

Así desde 1203 a 1218. Porque éste fue su año de gracia. En la noche del 1 al 2 de agosto, la santísima Virgen se le manifiesta para ofrecer el plan de Dios de que institucionalice su labor redentora fundando una orden religiosa. Comunicó con el rey, que lo era Jaime I el Conquistador, y con el obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, que se declararon entusiasmados. Tanto que de inmediato, ya el siguiente día 10, los tres, Pedro como fundador y los dos jefes como patronos, instituyen la Orden de Nuestra Señora de la Merced en la catedral, ante el altar de santa Eulalia, en una magna celebración. El Soberano dotó al nuevo Instituto con las armas reales y una parte del palacio real convento; mientras que el Prelado aportaba la cruz blanca catedralicia, como enseña, y el hospital de Santa Eulalia para ministerio cotidiano.

Llegado el momento del compromiso, Pedro Nolasco dio una enorme sorpresa a todos los concurrentes, indicativa de lo que había llegado a ser para los cautivos. Luego de ser revestido por el obispo del hábito blanco y de recibido el escudo peculiar, Pedro Nolasco emitió los tres votos canónicos, añadiendo luego y juro por estos sagrados Evangelios que toco con mis manos, que estoy dispuesto a dar la vida, cuando y como haga falta, para redimir a los pobres cautivos. Luego se giró al grupito de sus novicios, y le indicó que si querían seguir el camino, hicieran lo mismo.

Ya Fundador, organiza sabiamente su Instituto, con la estructura del comerciante; que han cambiado la razón de su mercado, pero conoce cómo ser eficaz. Da entrada a laicos, clérigos, hermanos conversos y donados. Muy pronto llegan mujeres captadas por el espíritu mercedario, y las reúne en casas de sorores o beatas. Instaura una red de cofrades, hombres y mujeres vinculados a la Orden, o simples cuestores, que establecen una red por pueblos y iglesias manteniendo alcancías y capazos para recibir donaciones en dinero o en especie.

Funda conventos, hasta dieciocho, bien repartidos para abarcar más. A cada comunidad le establece un distrito en que mendigar; a cada fraile una veredas que anualmente recorrerá animando a cofrades y cuestores, predicando en las iglesias, promulgando indulgencias, acopiando limosnas. Para que la palabra fuera más impactante, Nolasco inventa que los redimidos, excautivos, dediquen un tiempo a la Orden, acompañando a los frailes y conmoviendo con su testimonio. Cada año hay el capítulo general que recoge los fondos y nombra a los redentores.

Y así funcionó secularmente la Orden. Que se engrandeció en gran manera cuando la evangelización de América. Pues los Mercedarios llegaron al Nuevo mundo en el segundo viaje de Colón, porque en el primero no iba ningún clérigo. Entonces la redención de cautivos se funde en la misma caridad de ayudar a los naturales, evangelizándolos y promocionándolos. En muchos países americanos fueron los Mercedarios los primeros en celebrar la santa Misa, y la santísima Virgen de la Merced fue la primera imagen que conocieron de la Madre de Dios.



¿Y hoy? Antes los Mercedarios se extiende un mundo de dolor, de violencia, de soledad, de deshumanización. Esclavitud modernas que hundan al hombre en el vaciedad de la vida y en la

Hay mucho por hacer. Y urgente.

Se nos dice que en España hay dos millones de niños y adolescentes en riesgo social. El dato asusta, pero es verificable si atendemos a la ruptura familiar, ahí están los inmediatos delincuentes, que no está pidiendo ayuda y afecto.

Yo tengo el privilegio de vivir con doce expresidarios. Así comenzaron la mayoría, y hoy su problema es el mismo de antes, les falta ser aceptados, acogidos. Han delinquido por no les quedaba otro camino. Son los delincuentes forzados, y de esos nos vienen muchos, cada día más.

Cuando el hombre ama el mundo se extreme.

Hoy la Familia mercedaria, el Olivo de Nolasco, con sus añoso tronco y quince ramas, más que nunca está presente en todo el mundo, logrando una universalidad jamás soñada. Creemos haber encontrado nuestro lugar en la Iglesia y la realización de nuestro carisma en las cárceles, con los refugiados, las mujeres maltratadas, los niños abandonados, los barrios olvidados ...; nos sentimos a gusto entre los marginados, son el regalo que Dios nos ha hecho. Pocos somos, pocos hemos sido siempre. Pero tenemos ganado un puesto en la Iglesia y en la sociedad, que sin la Merced no serían las mismas: Enseñamos que vale la pena ocuparse de los demás, de los más pobres preferentemente, dando, dándose, exponiendo, jugándose hasta la vida, como lo hemos hecho siempre y por ochocientos años interrumpidos. Tal hacemos en las cárceles, en los hogares de reinserción o de inmigrantes, en labores de riesgo de barrios marginales, con enfermos delicados, con mujeres y niños maltratados... y eso, por obra de unos y otras, prácticamente por todo el mundo.